

Marruecos en el imaginario español: incidencia de los prejuicios y estereotipos en la construcción de una imagen negativa

Mohamed Boundi Boundi

Círculo de Investigación para la Inmigración, el Desarrollo y la Cooperación - CIIDYC

Resumen

El 30 de marzo de 2012, se conmemoró el primer centenario del protectorado español sobre el norte de Marruecos, un doloroso paréntesis en la historia de los dos países que sigue marcando las relaciones bilaterales. En un ejercicio de memoria y de prospección, exploramos en esta comunicación las coyunturas y el contexto en los que se construyeron los prejuicios, estereotipos e imágenes de amor/odio. Consideramos que es imprescindible hacer un repaso de los principales acontecimientos históricos para poder entender los tópicos que predominan en las percepciones negativas. A nuestro parecer, tres cruciales etapas se destacan, en la historia de las relaciones bilaterales desde la segunda mitad del siglo XIX: la guerra hispano-marroquí (Guerra de África o de Tetuán: 1859-1860), la cuestión marroquí en la Restauración española (1875-1912) y la presencia española en Marruecos el siglo XX durante el Protectorado (1912-1956).

La guerra de Tetuán fue clave en la ecuación marroquí por haber desvelado las debilidades del ejército del Sultán de Marruecos ante una potencia mediana europea. Era el preludio del protectorado (1912-1956) durante lo cual van a desarrollar y cimentar los prejuicios, tópicos e imágenes negativas del marroquí y de su país en el imaginario colectivo español. En este contexto, se trata de unos de los motivos que van a justificar las crisis cíclicas que surgen de vez en cuando entre los gobiernos de Rabat y Madrid.

Palabras Clave

Protectorado, Percepción, Marruecos, Opinión, Imagen.

Introducción

En el análisis de la imagen de Marruecos en la opinión pública española, nos damos cuenta que se trata de un tema bien delimitado que introduce algunos elementos claros. Dadas las condiciones históricas y las relaciones entre España y Marruecos, y dada la peculiaridad del sistema político marroquí, es lógico admitir que siguen existiendo puntos de desencuentro entre las dos naciones, además de estereotipos y prejuicios en las dos partes. Esta comunicación tiene como objetivo resaltar justamente cómo se construye y se elabora la imagen de Marruecos en España.

Estereotipo y prejuicio son dos términos que frecuentemente van unidos. El estereotipo se refiere a visiones, percepciones de la realidad y construcciones sociales que ayudan a dar contenido a imágenes sociales sobre determinados grupos. El prejuicio añade a todo lo anterior el componente afectivo, emocional, impulsivo, actitudinal, normalmente de rechazo. De modo que el estereotipo funciona de manera instintiva dentro de un grupo humano y se convierte en un elemento constructor de opinión colectiva.

Aún siendo irracionales, los estereotipos forman parte de un mecanismo mental que facilita la cohesión dentro del grupo y crea un proceso de comunicación entre sus miembros para reforzar su identidad frente a otros colectivos (Juan Herrero, 2006) lo que explica, por ejemplo, la animadversión entre marroquíes y españoles desde la caída del reino de Granada.

El estereotipo nunca es neutral, ataca o defiende. Expresa el sistema de valores no razonables de un grupo, juega con la percepción, la memoria, el juicio, las opiniones, la educación, las relaciones internacionales, etc. (...) El problema de reducir el prejuicio forma parte del problema global del cambio de actitudes y, por consiguiente, implica el uso de técnicas de persuasión y propaganda, los efectos de los medios de comunicación de masas y de la educación y otros fenómenos afines. (Klineberg, 1976: 427).

En el contacto directo entre individuos de distintas sociedades, las relaciones interculturales y étnicas suelen adoptar la forma de dominación, como en el caso del protectorado español en el Norte de Marruecos (1912 - 1956). El uso de prejuicios negativos sobre las minorías étnicas o inmigrantes conduciría a la reproducción de manifestaciones racistas (Van Dijk: 2000: 47). De modo que el estereotipo pasa a ser prejuicio.

Aproximación teórica a la construcción de los prejuicios y estereotipos sobre marruecos

A raíz del periodo que duró la coexistencia en la península ibérica de las culturas cristiana, musulmana y hebraica, numerosos estereotipos sobre Marruecos y los marroquíes han sido incorporados en la cultura popular y el imaginario (Menocal, 2003). Por diversas circunstancias (vecindad, historia, conflictos territoriales y de interés), el marroquí ha sido identificado en el siglo pasado con una multitud de calificativos ofensivos. Ya desde siglos, los términos “moro”, “judío” o “hereje” se empleaban para identificar en la España medieval al intruso para excluirlo de la sociedad cristiana. Esta actitud se justificaba por la purificación étnica y confesional y el rechazo colectivo que estas comunidades llegaron a vivir (Rosenshtein, 1998: 65-75). El “moro” se consideraba entonces como vago, sucio y traidor en tiempos de los Reyes Católicos y de los Austrias. Para definirse a sí mismo, se crearon en la época un “otro” negativo y estereotipos anti-islámicos lo que confirma las divergencias que existiesen en el plano religioso. Éstos fueron en el fondo la causa del mal entendimiento entre las dos comunidades y así aprendemos cómo se forjó la imagen del moro en la literatura española:

El estereotipo que construyen, o que transmiten estas comedias de Lope de Vega muestran

la esencia de un moro definido como cruel, pagano, perro, bárbaro, africano, miedoso, codicioso, nigromante, amenaza sexual (objeto sexual en el caso de la mujer), fanático seguidor de una ley equivocada, mentiroso y chalán, por ciertas algunas de sus características (Gómez Torres, 2005).

En el marco teórico, pretendemos puntualizar algunos factores que entran en la configuración de la imagen pública y el papel de los medios de comunicación de masas. Este recurso metodológico nos permite también entender cómo los contenciosos forman la espiral de tensión entre los dos Estados, y cómo configuran la opinión pública y mantienen vivos en el imaginario español los estereotipos sobre el marroquí. A partir de la Guerra de África (1859-60) hasta la independencia de Marruecos (1956), la historia de las relaciones hispano-marroquíes ha sido marcada a nivel militar por una situación de desigualdad. Precisamente durante este período se han incrementado los estereotipos, el desprestigio de los marroquíes en los manuales escolares, la literatura, la prensa, los discursos políticos, etc. A lo largo de un siglo, los marroquíes han sido retratados como personas de segunda categoría. Consideramos que esta actitud se justifica por los residuos históricos, un largo paréntesis de protectorado español en el Norte de Marruecos y la persistencia de los tópicos viejos de muchos siglos. La permanencia de contenciosos insolubles (como la situación en el Sahara y el caso de las posesiones territoriales de España en el Norte de Marruecos) y el reciente contacto directo de las poblaciones a través de una numerosa colonia de inmigrantes marroquíes en España dificultan a veces el deshielo de las tensiones.

El “moro” es en definitiva el anti-español por antonomasia (Stallaert, 1998: 65-75). Históricamente, cada comunidad retrataba en España a su contrincante peyorativamente ante la dificultad de convivir en un ambiente de intolerancia entre individuos de distintas confesiones religiosas existentes (Carpenter, 1986: 275-287). La noción del “otro” ha nacido paralelamente a la expansión colonial y el intento de las potencias europeas de someter a las demás naciones económicamente inferiores con el fin de imponer su cultura, su estilo de vida y su religión. Ante la expansión de la civilización europea en África, el “otro” se consideraba como un ser humano “inferior” y “salvaje” que había que “educar” según el parecer del europeo. De la misma manera, el “moro” ha sido durante la Guerra de Rif definido en la literatura militar y el discurso africanista como el “enemigo”, “el salvaje”, “el cruel”, “el adversario íntimo”, “el infiel”, para justificar un conflicto cultural que no existía entre las dos sociedades. Actualmente, esta ideología, basada en el concepto del anti-moro, induce en algunas situaciones a creer en la imagen de un Marruecos postrero. Quizás esta visión esté condicionada por la historia reciente, los problemas de convivencia surgidos durante el Protectorado español, el nefasto papel de la “Guardia Mora” traída del norte de Marruecos por el general Franco durante la Guerra Civil o los conflictos pendientes. El País describió esta distorsionada imagen en el comentario siguiente:

Marruecos es, desde tiempos de la reconquista el otro, el moro, el enemigo activo o potencial, el vecino indeseado e inquietante. Aún más, es el país en el que España quiso resarcirse a comienzos de este siglo de la pérdida de Cuba y Filipinas, pero que, lejos de aceptarlo con entusiasmo, le opuso la larga y sangrienta guerra del Rif. Y el que, ya en nuestro tiempo, despojó a España con una artera maniobra de su también muy querida Sahara Occidental.

Así que la mera mención del reino Jerifiano -culpable de las dos derrotas exteriores españolas del siglo XX: Anual, en 1921, y la Marcha Verde, en 1975- provoca sarpullidos en el imaginario celta-ibérico Valenzuela, 1996).

Refiriéndonos en este contexto a Gordon W. Allport (Allport, 1958: 22), consideráramos que el individuo tiende a hacer categorizaciones generalizadas o “pre-juicios” que se transforman en “prejuicios”. Al admitir que el prejuicio es fruto del aprendizaje, es lógico conseguir un cambio actitudinal en el seno de la sociedad durante la niñez. En ciertos casos, los intentos de destruir los estereotipos y juicios sociales resultan fructíferos sólo en el espacio en el que se producen los contactos entre grupos.

En el afán de aproximarnos a la imagen de los marroquíes que se hace en España, sería útil, ilustrar las teorías sobre los estereotipos y prejuicios de algunos casos concretos. La comunidad marroquí se hace notar más por su constante presencia en las columnas de la prensa y de las encuestas sociológicas que por su peso demográfico o su aportación económica. A diferencia de los demás colectivos de inmigrantes asentados en España, se hace distinguir por sus particulares rasgos (lengua, religión, vestimenta). Debido a sus creencias y cultura distintas a las de la sociedad de acogida, los marroquíes se ostentan como un colectivo joven con alto grado de masculinización (el 85% de los cotizantes marroquíes a la Seguridad Social en España en 2003, eran varones); vive en comunidad; se apoya mayoritariamente sobre las redes de solidaridad grupal en la búsqueda de trabajo, de vivienda o de lugares de ocio (Aparicio, 2001). Tiene la propensión de reunirse diariamente con los miembros de su comunidad (Diez Nicolás, 2001). Leemos en un trabajo de terreno colectivo:

Esta sociabilidad dentro del grupo, de carácter informal, podría encontrar un paralelismo en la formación de unas asociaciones formales basadas en rasgos de identidad étnicos o religiosos, o en la defensa de intereses propios de los marroquíes en España, como inmigrantes o como trabajadores. (...) Casi tres cuartas partes (73%) de los marroquíes encuestados negaron ser miembros o tener relación con alguna asociación de inmigrantes (Pérez-Díaz, 2004: 242-243)

Los rasgos culturales del inmigrante marroquí descritos en las encuestas sociológicas, los media y la literatura política traducen una nueva tendencia de pensamiento que cada día se aleja de la pretérita imagen despectiva del “moro”. Los cambios sociales, las nuevas prioridades de carácter económico y los intercambios multiculturales contribuyen resueltamente a la evolución de las percepciones, reflejadas en la opinión pública, hacia un nuevo estado de tolerancia. El marroquí no se considera actualmente como el heredero de la categorización del musulmán en otras épocas como el “otro” o el “moro” sino como un inmigrante trabajador que se esfuerza a integrarse en la sociedad. Esta nueva imagen se refleja en el 82% de los entrevistados españoles que afirmaron, en una encuesta del CIS en febrero de 2001, que no les preocuparía nada tener marroquíes como compañeros de trabajo (CIS, 2001: 2409). En otra encuesta, de mayo de 2003, apenas el 1% dentro de las personas entrevistadas admite tener una actitud de desprecio o de agresividad hacia los inmigrantes (CIS, 2003: 2511). Recordamos que, años anteriores, Marruecos se consideraba

como una potencial amenaza (Campo, 1991), justo detrás de Estados Unidos, en lo que respecta a la percepción en el periodo de 1980-1987 de las amenazas a la seguridad de España que pudieran venir del exterior.

Desde el proceso de consolidación de la democracia hasta el ingreso de España en la Comunidad Económica Europea (CEE), notamos una clara evolución de la actitud de los que temen una tal amenaza. Esta percepción ha crecido dentro de un escenario marcado por el paulatino aumento que ha ido ganando la presencia marroquí en España y las reivindicaciones por Rabat de Ceuta y Melilla. Por otro lado, las encuestas de opinión pública señalan que el 48 % de los encuestados cree que las relaciones hispano-marroquíes se mantenían igual según las encuestas del CIS en 1991 y 1992:

La imagen de Marruecos en España no arroja un balance positivo, más bien muestra alejamiento cultural, como indican las encuestas realizadas. Las causas de esta situación nos parecen sobre todo el resultado de la confluencia de dos factores: uno, el geopolítico, otro, el resultado de la interiorización de que existe un conflicto de civilización con el mundo árabe y musulmán, al que pertenece Marruecos (Muñoz, 1998)

La mejora, ante la opinión pública de España, de la imagen de Marruecos como Estado de derecho se ha convertido en una obsesión en el seno de las instancias oficiales de Rabat. Hasán II tuvo la iniciativa de impulsar la creación, en febrero de 1996, del Comité Averroes, que tiene como objetivo mejorar la percepción recíproca y favorecer el diálogo, la cooperación y el conocimiento mutuo. Esta preocupación se justifica por el deseo de erradicar los prejuicios y estereotipos negativos sobre los marroquíes.

A lo largo de las crisis que sufrieron las relaciones entre Marruecos y España durante el mandato del presidente del gobierno José María Aznar (1996-2004), asistimos a un intenso debate público sobre la compatibilidad entre la filosofía de las relaciones económicas y culturales de una parte y de otra parte el nefasto papel que desempeñaron los media en los dos países. Esta situación nos invita a hacer una reflexión de fondo sobre la alteridad y los residuos del pasado en la memoria colectiva. Desde la perspectiva marroquí, el papel de los medios de comunicación constituye uno de los motivos que dificultan el entendimiento entre los dos gobiernos. Los intentos de mejora de la imagen pública de Marruecos en España, después de la ruptura de los canales de comunicación entre los dos gobiernos de 2001 hasta 2003 (como consecuencia de la llamada a consultas del embajador de Marruecos en Madrid), demuestran que el acercamiento entre los dos Estados dependería más de la voluntad de los pueblos que de la actitud de los políticos. Los resultados de los barómetros de opinión llaman la atención sobre una decidida implicación de la sociedad civil en la reconstrucción de la confianza mutua. La opinión pública en la democracia española se ha pronunciado por medio de las encuestas de manera que a finales de 2005, el 94 % de los españoles cree que Marruecos no hace lo suficiente para combatir la inmigración ilegal hacia España desde su territorio. Entre otras cosas, esta percepción es probablemente una de las causas del recelo que despierta un mayor rechazo cuando se hablaba de la pertenencia a la UE (Real Instituto Elcano, 2005).

El permanente miedo de una potencial amenaza, que pudiera venir del Sur, lleva a la defensa de la identidad nacional y al surgimiento de actitudes de rechazo, de negación del otro y de animadversión (Rosanvallon, 1998: 341-343).

El clima de opinión contraproducente, cimentado en plena crisis diplomática e institucional entre dos vecinos en los años 2000, bosqueja un marco de temas que agranda aun más la distancia que separa políticamente los dos países y refuerza la persistencia de los viejos estereotipos y prejuicios.

En su mayoría, la opinión pública española, galvanizada durante el periodo de crisis (incidente de Perejil de 2002 sobre todo), tenía un tono uniforme pero abarcaba temas que reaviven la fibra patriótica y actitudes favorables a la tesis del gobierno conservador de Aznar. A finales de los años 90, las autoridades marroquíes ya emprendieron una amplia campaña de imagen en España para explicar las reformas que querría emprender el primer gobierno de transición, nombrado por Hasán II en abril de 1998. Una docena de delegaciones ministeriales y empresariales marroquíes se desplazó a Madrid entre abril y diciembre de 1998 para informar la opinión pública de la nueva experiencia que vivía su país. Consciente del déficit de entendimiento entre los dos gobiernos, Maruecos intentaba difundir así su nueva imagen de un Estado de derecho fuerte y dotado de instituciones democráticas, y crear un propicio clima de opinión en la perspectiva de ganarse la simpatía de la sociedad civil. El clima de animadversión que caracteriza las relaciones entre los dos países remonta a la Restauración, época en la que la cuestión marroquí formaba parte de las prioridades de la política exterior España.

La cuestión marroquí en la memoria colectiva española

La aventura española en Marruecos, en el siglo XIX, empezó con el deseo de llevarse una parte del pastel en el reparto de África (Wesseling, 1999). Sin embargo, la guerra de Tetuán ha sido un acontecimiento clave en la ecuación marroquí por haber desvelado las debilidades del ejército del Sultán ante una amenaza venida del exterior.

La desconfianza hacia un vecino enfermo

La labor de explorar en la memoria colectiva española conduce a las situaciones en las que se crearon percepciones negativas hacia Marruecos. Algunos tópicos de los Siglos XIX y XX siguen vigentes como el eslogan “Guerra, guerra al infiel marroquí” que en realidad era un mensaje de carácter patriótico durante la guerra de África de 1860; “El moro salvaje” que desvela el coraje y la valentía del rifeño que defiende su territorio; “No hay moros en la costa” que vislumbra la inquietud de los soldados al desembarcar en las costas de Rif durante las batallas de 1909. Sin embargo, a raíz de un baladí incidente con los habitantes de la zona limítrofe de Ceuta, Leopoldo O’Donnell, presidente del Consejo de Ministros y futuro general en jefe del Ejército de África, anunció en Las Cortes, la declaración de la guerra al imperio de Marruecos con estas palabras:

No vamos a África animados de un espíritu de conquista, no. El Dios de los ejércitos ben

decirá armas, y el valor de nuestro ejército y de nuestra armada hará ver a los marroquíes que no se insulta impunemente a la nación española, y que iremos a sus hogares, si es preciso, a buscar la satisfacción. (...) No nos lleva un espíritu de conquista; vamos a lavar nuestra honra, a exigir garantías por el futuro (Cautelar, 1859)

O'Donnell consiguió sin mucha pena el apoyo unánime de las Cortes que aprobaron La Declaración de Guerra al vecino del Sur, el 22 de octubre de 1859. Gracias al apoyo de los grupos de intereses, el gobierno se esforzó en preparar durante dos meses la opinión pública sin aclarar las muchas incógnitas que rodeaban la contienda. Se aferró a la fibra sentimental recordando la campaña de odio hacia el "moro" y calificando de cruzada la guerra contra Marruecos. Las hostilidades empezaron el 19 de noviembre de 1859, y Tetuán fue ocupada el 6 de febrero de 1860. Aun así, 8.000 soldados españoles de los 50.000 hombres que inicialmente formaban el ejército de O'Donnell, perecieron en el campo de batalla a mano del adversario o por las enfermedades o el cólera (Bouarfa, 2002: 42-44). La interposición de los ingleses forzó al final la firma de un acuerdo de armisticio en Wad Ras, el 26 de abril de 1860, pero Tetuán no será evacuada hasta el 6 de mayo de 1862. En la península, la opinión pública se exaltaba ya en perspectiva de disponer definitivamente de las plazas de Tetuán y Tánger.

La guerra de Tetuán de 1859-1860, o "Guerra de África" como se señala en los libros de historia, permitió a España afianzar su presencia en la otra orilla del Estrecho como virtual potencia en la zona y aminorar toda capacidad de Marruecos de modernizarse. A pesar de la victoria militar, la decepción de la opinión pública fue enorme por quedarse con "una guerra grande y una paz chica" (Lecuyer, 1976). España debía asumir el "triste papel" del gendarme de Europa mientras otras potencias, como Gran Bretaña se beneficiaron de las principales ventajas económicas. La campaña militar española tuvo no obstante para Marruecos unas repercusiones más profundas puesto que las potencias europeas tuvieron la oportunidad de preparar el terreno para una futura colonización bajo el propósito de la protección de sus circuitos comerciales. Durante la primera parte del siglo XIX, España reclamaba ya el derecho de pesca a lo largo de las costas del Norte de Marruecos y la protección de sus posesiones territoriales de Ceuta y Melilla (Franco Vicente García, 1988: 38). El declive del imperio español en América y Asia había incitado a los militares a ampliar las posesiones territoriales en el Norte de África. Además de Ceuta y Melilla, anexadas por la Corona española desde el siglo XVI, la armada se apoderó de las islas Chafarrinas en 1848. Para salvaguardar la dignidad de los habitantes de Tetuán y de la nación, el Sultán Sidi Mohamed ibn Abderrahman se comprometió a garantizar caladeros a los pescadores españoles en Santa Cruz la Pequeña (en la costa atlántica), ampliar la zona jurisdiccional de Ceuta y entablar negociaciones sobre un nuevo tratado de comercio. En el plano religioso, autorizó la apertura en Fez de una "Casa de Misioneros". En la firma del armisticio, los españoles consiguieron todo lo que se esperaba de un país humillado por la derrota: el pago en metálico de la indemnización, las conquistas territoriales, las ventajas comerciales y la penetración religiosa.

La preocupación mayor del sultán era la búsqueda de la mejor fórmula posible para echar a los españoles de Tetuán empezando por las negociaciones sobre los plazos de pa-

go de los 20 millones de duros (equivalentes a 100 millones de pesetas o a 30 toneladas de oro fino) en concepto de indemnización de guerra. Ante los requerimientos de pago de indemnización, se firmó un acuerdo, el 30 de octubre de 1861, autorizando a España a confiscar la mitad de las sumas devengadas por los derechos aduaneros en los puertos marroquíes. Marruecos debía optar por la solución más dolorosa al aceptar la presencia de funcionarios españoles en los puertos de Tánger, Tetuán, Larache, Rabat, Casablanca, Mazagan (El Yadida), Safi y Mogador (Esauira) para supervisar la recaudación en Aduanas hasta el pago total de los 50 millones de pesetas restantes de la reparación de guerra. A cambio, los 40.000 hombres que formaban el ejército de ocupación debían abandonar de inmediato Tetuán.

Un ejército de funcionarios españoles, traídos de la península, se instalaron a partir de abril de 1862 en los puertos marroquíes hasta el pago de la última peseta en 1884. Tuvieron que afrontar la realidad de la convivencia entre dos culturas, dos confesiones y dos mentalidades totalmente distintas. Su presencia no fue recibida, en general, con harta agresividad a pesar de los sentimientos de rechazo hacia el cristianismo y los productos occidentales en tierra del Islam. La parcela de la autoridad del Majzen (el gobierno) se estrechó con la extensión de la protección por parte de los extranjeros a los ciudadanos marroquíes, una práctica en vigor desde el siglo XVIII. A partir de 1856, este sistema se generalizó a todo marroquí que actuaba como secretario, empleado, guardia en una legación, un consulado o una agencia consular, o, a toda persona al servicio de un negociante extranjero. Los españoles, al igual que los franceses, ingleses o americanos, recurrían a este sistema de protección para ampliar el círculo de sus seguidores. El fenómeno de protección despojó así el Majzen de unos recursos necesarios para el funcionamiento de sus servicios administrativos y quiebra su autoridad de la que se sustraía una parte de la población, sobre todo de los puertos.

La diplomacia inglesa no admitió nunca una excesiva influencia de España en las dos orillas del Estrecho de Gibraltar lo que confirmaba el alto grado de rivalidad hispano-inglesa en Marruecos. Para Inglaterra, Marruecos debía seguir siendo independiente, una postura que le garantizaría las ventajas económicas y políticas en el país. Sin embargo, a partir de la Guerra de África, España empezó a desempeñar una verdadera política colonial por la importancia que tenía Marruecos en el puzzle de las relaciones internacionales. Desde el último tercio del Siglo XIX, su actitud se caracterizaba sobre todo por la preocupación de tener un Marruecos estable y por el respeto del statu quo en la zona (Pereira, 2003).

Curiosamente, en las primeras impresiones de los cónsules sobre la presencia de los funcionarios españoles en los ocho puertos marroquíes, en respuesta a una circular del 4 de enero de 1862, el encargado de negocios en Tánger del Rey de España señalaba una indiferencia de la población marroquí a la noticia que circulaba sobre la confiscación de los aranceles aduaneros en Larache y en Rabat. Los notables de Anfa (Casablanca) y Mogador (Al Yadida), sobre todo los judíos, recibieron con buen agrado la actuación de los españoles en los puertos. En contra, los habitantes del campo fueron recalcitrantes a la presencia de los extranjeros (BURKE III, 1976). En muchos casos, la colaboración de los administradores marroquíes de las aduanas era correcta (Archivo General de la Administración, 1862).

A pesar de las sequías que mermaban las cosechas, España no tuvo la indulgencia de prorrogar el pago de la indemnización en los 22 años de intervención de las aduanas (Miège, 1961: 501). En sus cálculos, los españoles deberían reunir, cada año en concepto del cobro de la indemnización, una media de 12 millones de reales de vellón. Al final, se comprobó que hasta 1884 España había recibido de Marruecos un total de 397.541.093, 535 reales de vellón, lo que corresponde a 99.385.273,4 de antiguas pesetas, incluidos los 50 millones de pesetas desembolsadas antes de la intervención de las aduanas (Archivo General de la Administración, 1862). Este importe representaba el 60 % de los ingresos totales de las aduanas marroquíes, desde el inicio de la intervención, el 23 de marzo de 1862, hasta finales de 1884.

Gracias a la firma en Madrid, el 20 de noviembre de 1861 del Acuerdo comercial hispano-marroquí, España se benefició también de la cláusula de la Nación más favorecida, del derecho de protección de súbditos del Sultán, de la facultad de nombrar a un número ilimitado de cónsules y la garantía del libre culto para sus ciudadanos (Art. 3ª). Un año después de la entrada en vigor del acuerdo, el número de marroquíes bajo el paraguas de los españoles pasó de 90 a 763 gracias al desarrollo de los intercambios comerciales con los autóctonos (Cajal, 2003: 128). La presencia española en Marruecos sería plasmada en la Declaración de Londres (8 de abril de 1904). Este acuerdo insistía sobre en el respeto del statu quo de Marruecos, la libertad de navegación por el Estrecho pero coloca a España en “una posición de subordinación” (Cajal, 2003: 135-136). Gran Bretaña manifestó así su deseo de que fuera España, una potencia débil, y no Francia la que controlara las dos orillas del Estrecho (Ayache, 1996: 16).

En resumen, España consiguió sólo una tímida penetración económica en Marruecos como operación de transvase de iniciativas y capitales de las antiguas colonias antillanas y filipinas. Aun así, se multiplicaron las iniciativas de carácter cultural y comercial y se crearon organizaciones profesionales como la Sociedad Geográfica de Madrid (1876) que se destacó por sus múltiples intervenciones en la política exterior de España, hasta la independencia de Marruecos en 1956. Su objetivo era tanto la defensa de los “derechos históricos” y “legítimos” de España fuera de la península como el desarrollo de las iniciativas de actores económicos y de la sociedad civil. Los negociantes catalanes eran los más activos en este terreno, hasta tal punto que un supranacionalismo apoyó públicamente la “legítima intervención por la colonización de unos pueblos bárbaros” (Corrales, 2002: 195). Sin embargo, un debate surgió, a finales del Siglo XIX, sobre el estatuto que debía tener una España despojada de sus últimas posesiones en Antillas y Asia y su paso de imperio a potencia colonial moderna. Esta idea avivaba los ánimos hasta la firma del Tratado de Fez, en 1912, que concedió a España el protectorado en el Norte de Marruecos (Morales, 1991).

La crisis de identidad nacional y la cuestión marroquí entre 1898 y 1912, tuvieron una influencia directa en la vida política y social española (Akmir, 2002). A raíz del desastre naval de Santiago de Cuba (1898), la cuestión marroquí se convirtió más tarde en panacea y oportunidad para recuperar el estatus de “potencia sin imperio” (Pereira, 2003).

Las ingerencias de España en los asuntos internos de Marruecos se iniciaron abiertamente en la segunda mitad del siglo XIX en el ámbito diplomático. Para el presidente conservador del gobierno Antonio Canovas del Castillo, España prefería tener como vecinos a los franceses que a “unas qabilas bárbaras”. Desde las primeras expediciones científicas y diplomáticas hasta la guerra de Melilla (1893-1894), Marruecos formaba durante la Restauración una encrucijada de intereses donde se interferían los imperativos de seguridad con el de honor patriótico, la cultura adversaria y los intereses económicos (Akmir, 2002: 29-30). En el caso de los partidos de alternancia, el compromiso hacia el problema internacional de Marruecos se realizó dentro de los límites oficialistas del bipartidismo estatal. Los conservadores contaban con Francia, Inglaterra o Alemania en la configuración de su estrategia colonial hacia Marruecos. Los liberales utilizaban, por su parte desde la oposición, la cuestión marroquí como argumento para cerrar filas y criticar los planes colonialistas de los conservadores. Los partidos de la izquierda no dinástica (Republicanos, socialistas y anarquistas) se oponían a la ocupación militar. Su objetivo principal no era la defensa de la soberanía de Marruecos sino adoptar una estrategia de desgaste contra el partido de turno en el poder en España. En lo que se refiere a la reacción del pueblo español, las paradójicas sensaciones de exaltación, del temor y de tragedia que rodearon el proceso colonial español en Marruecos revelaron una constante transformación de la exaltación popular. La euforia patriótica de 1860 (después de la guerra de Tetuán/África) siguió viva en el imaginario colectivo. Siguió vivo también el recuerdo de los reclutas que acabaron trágicamente abatidos por el adversario. Con sus campañas contra “el moro” y sus costumbres, la Iglesia pretendía convencer al ciudadano español de las virtudes del catolicismo y de la acción del africanismo.

Parodia de imperio en el estrecho

El Tratado del protectorado fue concluido entre el sultán My Hafid y el representante de Francia el 30 de marzo de 1912. Siete meses más tarde, y mediante la firma de un Tratado hispano-francés (27 de noviembre de 1912), España se quedó con la parte Norte y Francia tuvo las manos libres en la parte Sur del reino ocupado.

En su zona, España debía asumir su mayor fracaso militar del Siglo XX en lo que se ha quedado gravado en la memoria colectiva como la Guerra del Rif. Esta contienda tuvo su rostro más cruel a partir de 1919 ante la perdida por parte del ejército español de la iniciativa en el campo de batalla

El Desastre de Anual fue el epílogo de un duelo entre una potencia militar moderna y una guerrilla (o milicia) mal armada, descalzada y heroica. Era también un duelo personal entre el comandante de la zona de Melilla, el general Fernández Silvestre (?-1921), y un ex funcionario de la administración española, Mohamed Abdelkrim El Jatabi (1882-1963). Azuzados por el clamor de la opinión pública, el furor de los parlamentarios y las críticas de la prensa, los militares empezaron la nueva campaña del Rif con un componente adicional de “guerra química (De Madariaga, 2003).

El desenlace del imbroglío de la guerra de Rif intervino en abril de 1925 cuando las dos potencias coloniales emprendieron, por primera vez, una acción militar concertada con-

tra los combatientes rifeños. El 26 de mayo de 1926, Abdelkrim, líder de la República del Rif y de la resistencia se entregó a las tropas francesas y la rebeldía de la población se acabó oficialmente el 10 de julio de 1927. Tras un largo episodio sangriento, el Protectorado español iba a entrar en la dinámica de un colonialismo político-administrativo. Merece también apuntar que desde el inicio de la Guerra Civil, se puso en marcha una amplia operación de reclutamiento forzoso de marroquíes en el ejército de Franco. Como consecuencia, 50.000 marroquíes sucumbieron en los campos de batalla basándose en estadísticas oficiosas y el recuento de huérfanos que poblaban las comarcas rifeñas a finales de los años treinta (Alcaraz, 2006).

Es notable resaltar que el contenido de algunas publicaciones sobre Marruecos, editadas poco después de la muerte de Franco, se diferencia radicalmente de la literatura pintoresca y patriótica de la primera mitad del siglo pasado por ser la obra de investigadores, escritores, profesores universitarios y periodistas. Esta generación de intelectuales españoles intenta desmontar la vieja doctrina de la identificación idealista con el entorno marroquí impulsada por los africanistas y la prensa militar. Citamos sobre todo autores de ensayos sobre la Guerra del Rif que han puesto en tela de juicio toda la literatura épica, belicista y anti pedagógica cargada de falsas victorias militares y relatos de héroes inexistentes para atenuar el impacto del gran desastre militar y menospreciar a los autóctonos. Historia secreta de Annual (Pando, 1999); Annual 1921: el desastre de España y del Rif[1] (Leguineche, 1996); Abrazo mortal (Balfour, 2002) o Del Rif a Yebala (Silva, 2001) son algunos de los textos que llenan un vacío bibliográfico en relación con hechos históricos que marcan aún la conciencia popular. Otros escritores se rebelaron contra el mito del imperio colonial que los africanistas construyeron únicamente en su imaginario. Dos libros, El imperio que nunca existió (Nerin, Bosch, (2001) y Los moros que Franco trajo (De Madariaga, 2002) se distinguen especialmente en este sentido por el rigor científico para denunciar las veleidades y la angustia colonial de Franco y sus generales de querer crear un imperio en África.

Conclusión

El protectorado español en el Norte de Marruecos estuvo, durante 44 años, dominado por la acción militar puesto que toda iniciativa política estaba dirigida por y a favor de los intereses de los Altos Comisarios, cargos del ejército y de la administración. El déficit en términos de infraestructuras condenó el Norte de Marruecos a un subdesarrollo crónico que la independencia no pudo resolver hasta hoy día. El balance del protectorado español era muy pobre después del acceso de Marruecos a la independencia, en 1956, a causa de la escasez de las infraestructuras realizadas, el bajo índice de la población urbanizada y la casi ausencia de servicios sociales y sanitarios. La situación de los servicios de educación y de sanidad pública era desbaratada y la extensión de las vías férreas no superó los 200 kilómetros. La red viaria estaba constituida de carreteras estrechas y pistas improvisadas para facilitar las conexiones entre los retirados poblados y qabilas en las zonas montañosas. Hubo en la zona una competencia por los puestos de trabajo entre colonos y autóctonos en casi todas las actividades, incluso en el pequeño comercio, la artesanía, la construcción y el transporte. Un proletariado local se formó como consecuencia de la integración de los campesinos a las actividades corporativas en los centros urbanos y a una economía monetaria.

A pesar del éxodo rural, sólo el 18% de la población vivía en las zonas urbanas al finalizar el protectorado.

Actualmente, el repertorio de los prejuicios y estereotipos ha cambiado. La mayor parte de los comentarios de prensa intentan explicar a la opinión pública española que todos los problemas que afronta Marruecos tienen solución en la organización de unas elecciones transparentes, una verdadera democracia y un gobierno consistente. En la búsqueda de la noticia, los periódicos prefieren tratar un país en crisis que otro en transición política. En general, Marruecos está descrito como un proveedor de inmigrantes clandestinos, una pesquería tradicional de los marineros españoles y como un régimen tradicional donde todos los poderes se concentran en las manos del Rey. A pesar de lo que se escribe, la vieja imagen del “moro”, del “bárbaro” e “infidel”, heredada del pasado ha ido perdiendo su carga de desprecio. Este estereotipo es un residuo de la imagen que se tenía del marroquí durante el protectorado español en la zona Norte de Marruecos (1912-1956), y sobre todo en la Guerra Civil, cuando se utilizaban soldados marroquíes como material de guerra sin valor o carne de cañón en la Guerra Civil.

Si ahondamos en las razones anteriores, es juicioso admitir que una de las causas manifiestas de la mala imagen que da Marruecos en España se encontraba en el papel que desempeñaban ahora los medios de comunicación, los manuales escolares y la producción literaria al hablar del vecino del Sur y de sus habitantes. Durante un largo periodo, los marroquíes han sido retratados como personas de segunda categoría. Esta actitud se alimentaba de los residuos históricos, un largo paréntesis de protectorado español en el Norte de Marruecos y la persistencia de los tópicos viejos de muchos siglos. La permanencia de contenciosos insolubles (como la situación en el Sahara y el caso de las posesiones territoriales de España en el Norte de Marruecos) dificultan aun el deshielo de las tensiones. Dentro de este panorama, se mantienen vivos en la memoria colectiva española, pero con menos intensidad, algunos estereotipos e imágenes negativas hacia Marruecos y los marroquíes.

Bibliografía

AKMIR, Y. (2002), *Marruecos a través de la España oficial y la España real 1875-1912; Las repercusiones de la cuestión marroquí en la vida política y social española durante la primera época de la Restauración*, (Tesis doctoral), Madrid, Universidad Complutense de Madrid - Facultad de Geografía.

____ (2002), “La política exterior española y la cuestión de Marruecos durante los primeros gobiernos de la Restauración”, en *Estudios Africanos*, VOL. XVI. Nº 29-30.

ALCARAZ CANOVAS, I. (2006), *Marruecos en la guerra civil española: los siete primeros días de sublevación y sus consecuencias*, Madrid, Plaza.

ALLPORT, G. W. (1958), *The nature of prejudice*, New Cork, Doubleday Anchor Books.

APARICIO, R. y TORNOS, A. (2001), *Estrategias y dificultades características en la integración social de los distintos colectivos de inmigrantes llegados a España*, Madrid, IM-SERSO.

ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN (1862), "Informe del cónsul español en Mogador", *Sección África*, IDDD, Nº 17, caja 197, expediente I.

AYACHE, G. (1996), *Les origines de la Guerre du Rif*, Paris, L'Harmattan.

BALFOUR, S. (2002), *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península.

BOUARAFÁ, M. (2002), *Marruecos y España. El eterno problema*, Málaga, Algazara.

BURKE III, E. (1976), *Prelude to Protectorate in Morocco. Precolonial Protest and Resistance: 1860-1912*, Chicago y Londres, University of Chicago Press.

CAJAL, M. (2003), *Ceuta, Melilla, Olivenza y Gibraltar. ¿Dónde acaba España?*, Madrid, Siglo Veintiuno.

CARPENTER, D. (1986), "Minorities in Medieval Spain: The Legal Status of Jews and Muslims", en *Siete Partidas*, *Romance Quarterly*, 33.3.

CIS (2003), Barómetro de mayo, Estudio nº 2511.

_____ (2001), Barómetro de febrero, Estudio nº 2409.

CAMPO, S. (1991), *La opinión pública española y la política exterior*. Informe INCIPE 1991, Madrid, Tecnos/INCIPE.

CAUTELAR, E.; CANALEJAS, F.P.; VILLAMIL, C. y MORAYTA M. (1859), *Crónica de la Guerra de África, seguida de la Crónica del Ejército y Armada de África*, Madrid, Imprenta de V. Matute y B. Compagni, Vol. II.

CORRALES, E. M. (2002), *Marruecos y el colonialismo español: 1859-1912. De la guerra de África a la penetración pacífica*, Barcelona, Bellaterra.

DE MADARIAGA, M^a. R. y Lázaro Ávila, C. (2003), "Guerra química en el Rif (1921-1927)", *Historia*, Año XXVI, Nº 324, Abril.

_____ (2002), *Los moros que trajo Franco: la intervención de tropas coloniales en la Guerra Civil española*, Barcelona, Martínez Roca.

DIEZ NICOLÁS, J.; RAMÍREZ LAFITA, M^a. J. (2001), *La inmigración en España*.

Una década de investigaciones, Madrid, IMSERSO.

FRANCO, V. G. (1988), "Orígenes contemporáneos de la política exterior español en Marruecos: 1800-1845", en *Awraq*, IX.

GÓMEZ TORRES, D. (2005), "Estereotipos de ayer y de hoy: la homogeneización de la imagen del moro en la comedia de Lope de Vega", en *Especulo*, nº 29, UCM, marzo-junio.

JUAN HERRERO, C. (2006), "La teoría del estereotipo aplicada a un campo de la fraseología: las locuciones expresivas francesas y españolas", en *Especulo*, Facultad de Ciencias de la Información, Nº 32, marzo-junio, Año XI.

KLINBERG, O. (1976), *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Vol. 8, Madrid, Aguilar Ediciones.

LEGUINECHE, M. (1996), *Annual 1921: El desastre de España en el Rif*, Madrid, Alfaguara.

MARTÍN MUÑOZ, G. (1998), "El comienzo de la transición marroquí", en *El País*, 24 de agosto.

MENOCAL, M^a. R. (2003), *La joya del mundo: musulmanes, judíos y cristianos, y la cultura de la tolerancia en al-Andalus*, Barcelona, Plaza & Janés.

MIEGE, J. L. (1961), *Le Maroc et l'Europe. 1830-1894*, Paris, PUF.

MORALES, L. (1991), *España, de potencia pequeña a potencia media. Un ensayo sobre el dilema de su proyección exterior*, Madrid, UNED.

NERIN, J. G.; Bosch A. (2001), *El imperio que nunca existió*, Barcelona, Plaza y Janés.

PANDO, J. (1999), *Historia secreta de Annual*, Madrid, Temas de Hoy.

PEREIRA, J. C. (Coord.) (2003), *La Política Exterior de España (1800-2003)*, Barcelona, Ariel Historia.

PÉREZ-DÍAZ, V.; ÁLVAREZ-MIRANDA; B. Y CHULIÁ, E. (2004), *La inmigración musulmana en Europa. Turcos en Alemania, argelinos en Francia y marroquíes en España*, Barcelona, La Caixa.

REAL INSTITUTO ELCANO (2005), Barómetro. 10^a oleada: resultados de noviembre de 2005.

ROSANVALLON, P. (1998), *Le peuple introuvable, Histoire de la représentation démocratique en France*, Paris, Gallimard.

ROSENSTEIN, R. (1998), "The Voiced and the Voiceless in the Cancioneiros: The Muslim, the Jew, and the Sexual Heretic as *Exclusus Amator*", en *Crónica* 26.2.

SILVA, L. (2001), *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos*, Barcelona, Destino.

STALLAERT, C. (1998), *Etnogenesis y etnicidad, una aproximación histórico-antropológica al casticismo*, Proyecto A. Ediciones, Barcelona.

VALENZUELA, J. (1996), "Cuba y Marruecos", *El País*, 28 de junio.

VAN DIJK, T. A. (2000), *El discurso como estructura y proceso*, Barcelona, Gedisa.

WESSELING, H. L. (1999), *Divide y Vencerás: El Reparto De África - 1880-1914*, Barcelona, Península.